

A decorative border at the top of the page, consisting of a dense collection of various symbols and icons. These include stars, crescent moons, wavy lines, triangles, circles, and other abstract shapes, all rendered in a light gray, line-art style. The symbols are scattered across the top edge, with some appearing more frequently than others.

Capítulo 2

Meri aplastó el ajo en la prensa y colocó esa pasta blanca en la sartén. Hizo un chisporroteo y se doró. Revolvió con una cuchara de madera mientras tarareaba una canción en voz baja.

La puerta principal se abrió de golpe. Unos segundos más tarde, Theo ingresó en la cocina. Dejó caer su casco negro sobre la mesa. Quedó allí cual escarabajo patas para arriba.

–Eso huele muy bien. ¿Qué estás cocinando?

–Lasaña vegetariana.

–¡Mi favorita! Creo que acabo de morir y he llegado al Cielo –la besó en la coronilla, usando ese mismo movimiento para robar una zanahoria por uno de los costados.

–Irás al Cielo sin lasaña si sigues haciendo eso –se burló de él mientras lo acusaba con la cuchara.

Theo soltó una risita y luego abrió el refrigerador.

–¿Jugo de manzana?

–Por favor.

–Creí que el horno no funcionaba.

–No es que no funciona, Theo. Es que no habías leído el manual de uso, eso es todo.

–Soy un chico al que le gusta improvisar.

–Está muy bien. Y yo soy una niña que cree que leer las instrucciones puede ayudar a resolver ciertos detalles tramposos, como ser cómo modificar el timer que habías programado por error.

–Sabelotodo –le sirvió un vaso de jugo y luego tomó una cerveza para beber él–. ¿Recuerdas aquellos días en que creíamos que el jugo de naranja era insulso?

–La verdad que no. Creo que era muy pequeña cuando todo comenzó a cambiar. No recuerdo cómo eran las cosas antes.

–Sí. Antes de que el impuesto al carbono elevara los precios por las nubes. Aunque debo admitir que fue la mejor decisión que han tomado hasta ahora. Poner un precio real a salvar el mundo –Theo le acercó su vaso–. Y dime, ¿cómo estuvo tu día? Esa tormenta no te tomó desprevenida, ¿o sí?

–No. Estaba en mi clase de Arte –dijo Meri con una sonrisa.

–Un par de estaciones de metro han quedado bajo agua nuevamente –salió al pasillo para recoger el correo que Meri había dejado sobre la alfombra; luego se sentó con su cerveza y comenzó a revisar los sobres–. Creo que van a tener que dar por cerrada la Northern Line por completo. Está costando una fortuna quitar toda esa agua cada vez que se inunda.

–¿Hay heridos?

–No. Habían evacuado la línea entera con anticipación. Nos estamos acostumbrando demasiado a esta situación. Es sorprendente ver cómo uno puede adaptarse hasta a las cosas

más extrañas. Ya resulta difícil recordar cómo era la vida antes de la gran inundación.

Meri revolvió las cebollas y el ajo en la sartén. Todo estaba listo para sumar las lentejas rojas. El efecto de las lentejas saltando le hizo pensar en su dibujo pixelado. Tal vez era de allí que había sacado la inspiración. Las usaba bastante en la cocina. ¿La señorita Hardcastle habría aceptado eso como una explicación?

–Hoy pinté otro cuadro.

–Eso suena divertido.

–Pero no lo fue. La profesora lo odió.

–¿Qué? ¡Tú eres una artista brillante! –Theo bajó su botella bruscamente y la apoyó sobre la mesa con un golpe seco. La espuma salió a borbotones–. Muy bien... Llamaré a tu escuela. Esa profesora es una tonta.

Meri debería haber anticipado la reacción de Theo.

–No importa. Creo que tenía sus razones. Estaba pintando y no me había puesto los lentes.

–Ah –Theo dibujó un círculo sobre la espuma derramada antes de pasar el trapo–. Creí que ya habíamos hablado sobre eso.

–Sí, pero no puedo evitar ver lo que veo. Estaba haciendo lo que tú sugeriste: vivía un poco. Se siente muy extraño pintar con todos los colores reducidos a la nada misma.

–No es así como el resto de nosotros lo percibimos. Lo que tú ves cuando tienes los lentes puestos es lo que vemos el resto de los mortales cada minuto de nuestras vidas.

Meri arrojó las lentejas en la sartén. Una diminuta avalancha.

-Lo sé.

-Esos lentes eliminan los rayos UV y hacen que tu visión sea más normal.

Meri cerró los ojos por un momento.

-Tal vez no quiero ser normal. Es difícil de explicártelo, pero los colores para mí son tan... tan vivos. Es como si cada uno tuviera su propio arcoíris. Y luego están los diferentes tonos que tú ni siquiera llegas a ver y para los que yo no tengo palabras para poder describir. El peril es un color tan hermoso... Es como el azul, pero no es azul. Ah, no sé cómo explicarlo.

Theo se llevó la botella contra los labios.

-Haces que desee tener la visión que tú tienes. Estoy intentando imaginármelo en este instante. Es como describirle la música a alguien que es sordo de nacimiento. Puedo sentir las vibraciones, pero no logro alcanzar la experiencia en su totalidad.

-Eso es exactamente lo que es -y le dedicó una gran sonrisa-. Eres el mejor tutor, Theo.

-Bueno, ¡gracias! -levantó la botella de cerveza para un brindis-. Y tú eres la mejor hija adoptiva que me podía tocar. Y dime, ¿qué hiciste cuando la profesora te dijo que tu obra era una porquería?

-Esas no fueron exactamente sus palabras. Yo solo... lo parafraseé.

-Me alegra oír eso. O habría sido una maldita profesora con un método de enseñanza de porquería.

-Me dijo que debía comenzar otra vez y pintar sobre lo que ya había hecho si era que no iba a poder comprar un lienzo nuevo.

–Ah –Theo apoyó la botella sobre la mesa y revolvió el correo. La mayoría de los sobres eran impuestos que había que pagar.

–Pero no pasa nada. Un compañero de clase compró mi obra, así que usaré ese dinero para un nuevo lienzo. Dijo que le gustaba. De hecho, dijo que podía ver lo que yo estaba intentando hacer.

Theo levantó la mirada, intrigado.

–¿Crees que en verdad podía verlo?

–¿Qué?

–Me refiero a verlo. Porque, de ser así, entonces sería algo más que interesante.

–¿Qué quieres decir? ¿Que él también podría ser como yo?

–Es posible. O podría estar diciendo eso solo para seducirte. Si es así, debería felicitarlo por su táctica. A decir por esa sonrisa tan empalagosa estampada en el centro de tu rostro, diría que ha tenido éxito.

–¡Cállate! –Meri agregó los vegetales y el caldo en la sartén. Se quedó pensando. Aún no sabía si quería que Kel hubiera comprado su cuadro solo porque estaba interesado en ella y no porque le había gustado su arte. La mejor de las opciones sería que le gustaran ambas cosas.

–¿Algo más que haya sucedido hoy? –Theo abrió uno de los sobres y se movió incómodo en la silla.

–Seguí tu consejo y mostré mi encantadora personalidad frente a algunos muchachos en el autobús esta mañana. Tenías razón: eso se deshace de los débiles en un segundo.

No es que Lee fuese un débil, pero tampoco podría servirle como amigo.

–Bien por ti, niña. Ah, mira, una carta para la señorita Meredith Marlowe –le alcanzó el sobre blanco. El peso del papel era uno raramente visto en la Londres moderna. El rey probablemente tenía una pila de esos amontonados en algún ático del Palacio de Buckingham, pero no mucho más–. Parece que este sobre tardó un par de décadas en llegar a ti. Me encanta el toque del sello de cera... Jamás había visto uno.

–Qué divertido. ¿Quién diablos podría escribirme a mí? Me siento Harry Potter... ¿Puedes seguir revolviendo por mí mientras la abro? No quisiera que mi primera carta se manchara con salsa de tomate.

Intercambiaron lugares. Meri pasó los dedos por debajo de la solapa del sobre, rompió el sello y sacó la carta, que estaba doblada en varias partes.

–¿Y...? ¿Es de Hogwarts?

–Lamentablemente, no –leyó la carta lentamente porque, al principio, nada de todo eso tenía sentido.

Estimada señorita Marlowe:

Mis clientes, el doctor Blake Marlowe y la señora Naia Marlowe, me dejaron indicado que, en caso de que nuestra firma no tuviera noticias de ellos en siete años, debía darlos yo por muertos y cerrar sus asuntos y negocios. Dicho procedimiento se llevó a cabo hace siete años, y el dinero ha quedado resguardado hasta que usted alcanzara la edad de dieciocho años. Su tutor ya ha sido informado.

La emoción de Meri por haber recibido una carta pronto se desvaneció.

–Theo, ¿tú sabías? –le preguntó mientras sacudía la hoja en el aire.

–¿Saber qué?

–Que Señores Rivers, Brook and Linton, de... –se detuvo a revisar la dirección– de Charterhouse Square decidieron que mis padres están muertos.

Theo bajó la llama de biogás de la hornalla y colocó una tapa sobre la olla.

–Sí. El dinero está en una firma de asesores de inversiones y está dando sus frutos si consideramos las fluctuaciones en la bolsa de comercio.

–¿Y cuándo tenías pensado decírmelo?

–Cuando cumplieras dieciocho. Me ganaron por un par de días nada más. No es mucho dinero, pero es algo. Te ayudará a pagar la universidad en unos años una vez que hayas servido tu tiempo en el servicio ecológico.

Meri arrugó la cara ante tan desagradable recordatorio. Todos los jóvenes de entre dieciocho y veinte años debían servir durante dos años en el servicio ecológico nacional, a menos que fueran a dedicarse a alguna de las profesiones protegidas, como medicina, la armada o la policía. Los trabajos solían ser cerca de la costa o de los grandes ríos, construyendo defensas contra las inundaciones. Theo había intentado convencerla de que sería divertido, una aventura junto al mar, pero él no había tenido que hacerlo así que no podía hablar por experiencia propia. Claro que él no había llegado a vivir nada de todo eso tampoco: fue su generación

la que tuvo que comenzar a pagar las cuentas que ahora se estaba cobrando el medio ambiente. Meri volvió a concentrarse en su carta.

Como parte de nuestras instrucciones está el hacerle llegar a usted un mensaje en dos partes. Sus padres solicitaron específicamente este procedimiento inusual porque no querían dejar asentada toda la información en un solo lugar y solo nos permitieron hacer una sola copia física de cada mensaje. Siguiendo sus instrucciones, le solicito que recoja la primera en persona y la firme frente a ciertos testigos. He arreglado todo para que la segunda parte me sea enviada por correo desde nuestra oficina en Nueva York. Se lo notificaré apenas la reciba, y así usted podrá volver para recogerla. Por supuesto, eso también tendrá que ser en persona.

–Dicen que tienen unos mensajes para mí y quieren que vaya a verlos –explicó ella–. Un poco mucho, ¿no crees? ¿Dos mensajes en dos lugares distintos?

Theo se encogió de hombros.

–Me parecería bien si no fuera porque Blake y Naia han desaparecido. Hemos estado mantenido un perfil bajo todos estos años, pero ¿cómo saber si alguien nos ha estado observando?

El sello antiguo en la parte externa del sobre ahora sí tenía sentido. Las comunicaciones digitales eran claramente fáciles de hackear; el papel y el bolígrafo habían regresado

para poder lidiar con asuntos más privados. Meri no podía imaginarse a ningún espía colocando el sobre cerca de una llama para darle calor y así despegar el pegamento con el vapor y luego tener el equipo necesario para reemplazar tan distintivo sello. Aun así, parecía un medio demasiado frágil para transportar tan importante mensaje.

–Me da un número de teléfono al que puedo llamar. Tendría que faltar a la escuela.

–Todo lo malo tiene algo bueno –Theo tomó el plato para la lasaña que estaba preparando y volcó la primera capa de salsa–. Creo que deberías ir cuanto antes, o vas a explotar de tanta curiosidad. Si es que pueden recibirte mañana, yo tengo un almuerzo de trabajo en el Barbican y podría ir contigo. ¿Qué te parece?

–Gracias. Sí, me encantaría.

Entre los dos terminaron de armar la lasaña: lentejas, pasta y queso. Y colocaron juntos la fuente dentro del horno.

Theo levantó sus delgados brazos por encima de su cabeza para estirarse.

–Tenemos cuarenta y cinco minutos. ¿Quieres salir a correr un rato?

Meri había logrado zafarse del deporte en la escuela, pero su tutor ahora la ponía en un aprieto.

–Me encantaría, de verdad, pero no estoy segura de que tengamos tiempo suficiente.

–Meri, creí que habías dicho que este año te habías propuesto dejar de ser tan floja para los deportes.

–Jamás dejarás de recordármelo, ¿cierto? –en enero, Theo había pegado en la puerta del refrigerador la promesa de

Meredith y se la había hecho firmar—. Está bien, pero unos minutos nada más.

—Solo imagínate cuánto mucho más rica sabrá esa lasaña cuando hayas vuelto de hacer ejercicio.

—Sí, claro...

—Ya me darás la razón.

—Lo haré, lo haré —Meri tomó la carta y la llevó a su habitación, donde además se cambió de ropa. Dejó el papel entre las páginas de su copia de Jane Eyre sobre la mesa de noche. Un mensaje de sus padres. Era un poco espeluznante. Voces de ultratumba. Sin embargo, tal vez y de una vez por todas, obtendría algunas respuestas a las muchas preguntas que la atormentaban. Nunca había habido familiares a quienes preguntárselas. Solo Theo, que no sabía mucho más de lo que ella ya sabía. Pero él tenía razón en algo: debería ir allí al día siguiente o jamás podría estar en paz.



Una de las maneras más rápidas de llegar a Charterhouse Square desde Wimbledon era usar el servicio de autobuses fluviales del Támesis. Desde que el río había derribado sus orillas hacía cinco años en la última gran inundación de aquel año, muchas de las antiguas rutas habían desaparecido y los londinenses habían regresado a las aguas. Algunos puentes aún estaban siendo reemplazados por teleféricos, y el de Putney aún estaba en construcción. Theo y Meri se sumaron a la fila de gente que esperaba para subirse al siguiente bote.

—¿Nerviosa? —preguntó Theo. Se veía inusualmente

elegante. Se había puesto su único traje y hasta había elegido una corbata. Parecía un poco como un hombre de los años sesenta. Todo lo que necesitaba era un acento de Liverpool y una guitarra y se habría hecho una fortuna como cantante de alguna banda tributo.

—Sí. Muy.

El conductor les entregó los chalecos salvavidas a medida que iban subiendo a bordo. El Támesis se había vuelto un río salvaje con tantas embarcaciones navegándolo. El alcalde de la ciudad había ordenado nuevos procedimientos de seguridad luego de un accidente fatal entre dos barcos en uno de los muelles el año pasado. Solo pilotos expertos podían conducir ahora, muy a pesar de las compañías fantasma que habían amasado sus fortunas durante unos pocos años antes de ser retiradas del mercado.

Meri eligió un asiento cerca de los botes salvavidas. Theo, más acostumbrado a este modo de viajar, se sentó a su lado y abrió el periódico para completar el crucigrama. Eso le permitió a Meredith poder observar el paisaje sin la distracción de una conversación. Por la forma en que Theo sacudía su pierna, Meri supo que también estaba nervioso y que usaba el crucigrama como una manera de evitar decir cualquier cosa de la que pudiera arrepentirse más tarde. No tenían idea de cuál sería el contenido del mensaje, así que poco podían especular. Meri sacó su pequeño cuaderno con hojas en blanco e hizo lo que solía hacer para distraer su nerviosismo y volverlo algo más productivo.

Su autobús fluvial pasó por el pueblo flotante de Chelsea. Meri intentó hacer un dibujo algo improvisado de las

líneas de los botes a la distancia y de la sensación de feria o de parque de atracciones que le generaban aquellas tiras de banderines que colgaban y se entrelazaban entre los botes, muchos de ellos de color peril mezclado con colores más comunes, como el naranja, el rojo y el azul. Eso sí que era extraño. No se solía ver tanto peril en un solo lugar. Cuando el agua cubrió las grandes casas de Chelsea, los más pobres se mudaron y amarraron sus casas-bote y balsas allí. Los ocupantes ilegales habían irrumpido y tomado los pisos más altos de las casas más grandes que aún se asomaban por sobre la superficie del agua, usándolas como lugares de almacenamiento y, si no había otro lugar, como viviendas también. Tendales y cables improvisados de electricidad orbitaban por entre las edificaciones. El alcalde había dicho ya muchas veces que lo consideraba una monstruosidad. Unos pocos terratenientes que solían ser dueños del terreno ahora debajo del agua habían intentado tasar un alquiler, pero eso no había llegado a ningún sitio. La nueva urbe se mantuvo en pie. Las personas tenían que vivir en algún lado.

Una vuelta más por el río, y el viejo Parlamento apareció ante ellos. Meri eligió otra hoja en blanco de su cuaderno, feliz de ver al Big Ben aún de pie, a pesar de que su base se encontraba bajo el agua. Dibujó un gran círculo para la fachada y columnas de estilo gótico como orejas de ardilla en alto. Los ocupantes se habían mudado a los pisos superiores del edificio del Parlamento, pero no era nada agradable vivir allí sin electricidad y con los demás pisos tapados de agua. Los miembros del Parlamento se habían ido para siempre, y

ahora trabajaban desde la Biblioteca Central en Birmingham. Las personas en las afueras de Londres se habían quejado durante décadas, decían que odiaban ser gobernados desde Westminster. Y ahora, gracias al cambio climático, eso ya era historia del pasado.

Observando hacia el otro lado del río, Meri no encontró nada que quisiera dibujar. Era demasiado triste ver que tantos sitios históricos sobre la orilla sur habían desaparecido por completo. El agua lo había arrasado todo en esa área debido al nivel tan bajo del suelo. Lo que alguna vez había sido el corazón cultural de Londres y también muchas estaciones de metro clave habían quedado cubiertas por el agua. El gran London Eye había sido desarmado y guardado hasta que se pudiera crear un nuevo terraplén en la orilla. Extrañaba el aire a carnaval que el London Eye había traído a esta parte de Londres. Los pisos más altos y las terrazas del National Theatre seguían de pie, aunque ahora funcionaban como el punto de amarre preferido de los nuevos locales. Una empresa con muy buen ojo para los nuevos negocios promocionaba excursiones de buceo en las ruinas submarinas, pero nadie podía prometer mucho en aguas tan turbias.

El autobús fluvial se detuvo en la orilla norte. Meri se apuró a guardar el cuaderno en su mochila y siguió a Theo hasta la rampa de desembarco. Bajaron en la parada cerca de la Catedral de St. Paul. Caminaron el resto del camino hasta Charterhouse Square. Por suerte, Meredith caminaba rápido y así pudo alcanzar el despreocupado andar de su tutor. Estaban acostumbrados a andar así, en sintonía. El distrito financiero había quedado al este de esta área gracias a las costosas

defensas contra inundaciones que los banqueros habían llegado a construir alrededor de las torres y la estación de Liverpool Street. Los financieros adinerados aún podían llegar a la ciudad en Crossrail desde sus mansiones en los condados del Este y Sudeste del país, haciendo dinero como si todavía fuese el año 2010. La gente de Wapping había dicho que las defensas habían desviado las aguas del río y eso había hecho que las consecuencias de la inundación fueran peores de ese lado. Pero los financieros se habían encargado de trasladar al alcalde a una oficina muy pintoresca muy cerca de ellos, por lo que nadie nunca jamás llegó a responder a esas quejas.

–Yo fui a una marcha para protestar por eso, recuerdo –comentó Theo mientras señalaba la flamante y enorme represa, una construcción horrible de bloques de cemento parecida al antiguo muro de Berlín que dividía la ciudad entre los que tenían y los que no–. La policía usó cañones de agua para dispersarnos. Qué ironía, ¿no crees?

Charterhouse Square era uno de los pocos lugares que le habían escapado al cambio: los lujosos apartamentos, las despampanantes oficinas y las antiquísimas escuelas aún ocupaban sus lugares. Los árboles planos de la plaza se veían un tanto abatidos por las tormentas, pero seguían de pie; sus hojas aleteaban como las manos de un público entusiasta que aplaude sin cesar. Los carros eléctricos se cargaban, estacionados uno detrás de otro junto al borde de la acera. *Señores Rivers, Brook & Linton*. Hasta tenían una placa sobre los ladrillos rojos de la pared junto a la puerta principal de color negro. Theo tocó el timbre y la cerradura se destrabó automáticamente.

Theo empujó la puerta pesada.

–¿Estás lista?

Un aleteo en su corazón estremeció a Meri por dentro.

–Supongo que debo estarlo.

Los recibió un vestíbulo muy elegante, con cerámicos de un amarillo pálido y un elevador de esos antiguos y oscuros, como salido de una serie retro de detectives. Eventualmente, se las arreglaron para descifrar lo complicado de abrir y cerrar las dos puertas plegables y de aluminio en el orden correcto, y luego Meri seleccionó el botón que los llevaría al segundo piso.

–Son solo dos pisos. Podríamos haber usado las escaleras.

–¿Y perdemos la oportunidad de usar esto?

Ambos sonrieron. A veces, Meri pensaba que actuaban más como si fuesen mejores amigos que una joven muchachita y su tutor.

Con un chirrido y el rugir de un engranaje antiguo, fueron subiendo los pisos muy lentamente. Cuando abrieron la puerta del elevador en el piso correcto, se encontraron con otra puerta.

–Puedo ver por qué mis padres eligieron a estas personas para guardar sus secretos. Nada de cubículos vidriados ni señales de un alma viva. Siento como si acabase de viajar en el tiempo –reflexionó Meri.

–Tal vez, si tenemos suerte, sus tarifas también se hayan quedado en el tiempo –Theo presionó otro botón.

–¿Qué dices? ¿Tendremos que pagar?

–Meri, son abogados. El nivel del mar podrá elevarse, el hielo podrá derretirse, pero todavía debemos pagarles por respirar en el mismo espacio que nosotros.

–¿Tenemos el dinero?

–Supongo que podremos tomarlo como un cargo sobre tu herencia. ¿Te parece bien?

Meri asintió con la cabeza. Claro que Theo no iba a poder costear las tarifas del mensajero que sus padres habían elegido. Ya había sacrificado demasiado para alojarla a ella en su casa.

–Señorita Marlowe, ¿verdad? Y usted debe ser el señor Woolf –la mujer que abrió la puerta era delgada y vestía un traje ceñido al cuerpo color gris; daba la impresión de que ni siquiera sabía lo que era sonreír, como si permitírsele fuese un crimen sobre su rostro.

–Sí, somos nosotros, linda –dijo Theo, exagerando su encanto.

–Adelante, por favor. Y tomen asiento. El señor Rivers los verá momentáneamente –la mujer desapareció por el pasillo, dejando solo como evidencia de su existencia el *tap tap* de sus stiletos que se alejaban.

–¿Linda? –murmuró Meri–. ¿Desde cuándo eres tan señorito?

–Le gustó –dijo Theo guiñando un ojo–. Un poco del viejo encanto inglés. Ahora, ¿dijo que nos vería pronto o que nos vería solo por un momento? Ah, la gramática puede ser peligrosa cuando es vaga.

–Compórtate, Theo Woolf. No harás que nos echen de aquí por ser un sabelotodo sintáctico que no tiene otra cosa que hacer.

Estaban una sala de espera muy iluminada. Un elegante ventanal dominaba el lado más amplio de la habitación. Una

chimenea estilo art-déco parecía estar siendo sostenida por unas voluptuosas mujeres envueltas en telas y que adornaban la pared opuesta al mostrador de la recepción. Un arreglo muy delicado de ramillas y una sola flor reposaba en una mesa de café entre unos sillones de cuero color beige. Meri sintió que el espíritu del lugar era intimidante y hermoso al mismo tiempo. Miró sus jeans y sus tenis de tela y enseguida comprendió que no había elegido el atuendo adecuado para la ocasión.

–¿Quién va a atravesar esa puerta ahora? ¿Qué crees? ¿El profesor Dumbledore? –bromeó Theo, intentando animar un poco el ambiente.

–Dumbledore está muerto, ¿recuerdas?

–¡Dios santo! ¡*Spoiler!*

–Estaba pensando en alguien más parecido a Hércules Poirot –Meri había adorado la nueva versión de aquel programa de detective tan antiguo.

–¡Eso quisiera yo! ¿Sabes qué? Creo que leí en algún lugar que lo habían filmado por aquí –Theo se aproximó a la ventana–. Sí, reconozco aquel edificio de allí enfrente.

–Un detective belga nos vendría bien para descifrar por qué tanta intriga y tanto misterio.

–Veamos primero qué dice el mensaje que vinimos a buscar. La respuesta a tu pregunta podría resultarnos obvia después.

–Por aquí, por favor –la mujer había vuelto y los esperaba para acompañarlos hasta la sala principal de reuniones.

–¿No te resulta extraño que no utilicen ningún tipo de tecnología? –le preguntó en voz baja Meri a Theo. Había notado que no había ninguna computadora sobre el escritorio,

solo una enorme agenda-. Así se vería el infierno de los adictos a las redes.

Theo, por el contrario, se sentía en el paraíso.

-Prometieron confidencialidad absoluta. Supongo que eso significa llevar las precauciones al extremo, y así sus métodos pre-digitales los convertirán en una firma imposible de hackear. Probablemente tengan un secretario de archivo ¡y hasta mecanógrafos tipeando todos los escritos! Es realmente adorable -uno de sus hobbies favoritos era mirar series de espías antiguas en oficinas de antes de los años 80, una era donde la tecnología de más avanzada era una máquina de escribir eléctrica y los teléfonos eran unos extraños aparatos gigantes colgados de una pared. Coleccionaba ese tipo de series si las encontraba a muy buen precio en alguna tienda de antigüedades o en subastas online-. No bromeaba cuando mencioné a Dumbledore. Apuesto a que esta gente usaría lechuzas para enviar sus cartas si en verdad pudiera uno entrenarlas para eso.

-¿No lo haríamos todos?

La mujer golpeó suavemente una puerta que ya estaba abierta.

-Señor Rivers... Ya están aquí.

Theo y Meri ingresaron en la sala repleta de libros donde un caballero canoso se encontraba sentado detrás de un escritorio, escribiendo con su pluma.

-Pellízcame... Acabamos de introducirnos en una miniserie de Dickens -murmuró Theo.

Meri se mordió el labio para evitar largar una carcajada. Los dos estaban demasiado nerviosos y no estaban comportándose como era debido.

Sin haber notado esa actitud, o tal vez ignorándola magistralmente, el señor Rivers se puso de pie y dio la vuelta a su escritorio para saludarlos. Su cabello blanco les había dado la impresión equivocada. Era mucho más joven de lo que habían pensado, no más de cuarenta años. Tenía cabello frágil, como un manuscrito que solo debería tocarse usando guantes de algodón.

–Señorita Marlowe, es un enorme placer conocerla finalmente. Por favor, acepte mis tardías condolencias por la pérdida de sus padres.

Se dieron la mano. Su palma se sentía muy seca y algo cálida también.

–Gracias.

–¿Señor Woolf? Gracias por acompañarla. ¿Le importaría actuar como uno de nuestros testigos?

–Será un placer, señor.

–¿Comenzamos? –el señor Rivers la estaba observando, Meri pudo sentirlo.

–Muy bien.

El señor Rivers hizo sonar una campanilla sobre su escritorio. La recepcionista regresó con una caja de metal. El abogado buscó en el bolsillo a la altura del pecho y de allí sacó una llave.

–Esto es tuyo –dijo, mientras le entregaba la llave a Meri.

Ella tomó la llave y la apretó en su mano con fuerza, dejando que los filos del metal se hundieran en su piel.

–Ahora deberías firmar para confirmar que ya se te ha sido entregada. El mensaje está en la caja. Nosotros hemos guardado esa caja en nuestro centro de almacenamiento, y esa es la

única llave que tenemos aquí para que pueda abrirse. Ni yo he llegado a ver el contenido de la caja desde que se almacenó hace catorce años, y estoy en condiciones de jurarte que nadie ha tenido acceso a ella en todo este tiempo.

–Claro... Gracias –Meri tomó la pluma que el hombre le ofreció y firmó el documento que ya estaba dispuesto sobre el escritorio.

–¿Señor Woolf?

Theo firmó justo debajo de la firma de Meredith, y luego la recepcionista agregó su firma también.

–Tengo instrucciones de permitirle leer esto en una sala en absoluta privacidad. He reservado la oficina que está aquí al lado para ese propósito. Sus padres también sugirieron que dejara la caja aquí una vez que ya haya asimilado el contenido. Ya sabe, por cuestiones de seguridad.

Meri recordó su conversación con Theo sobre los costos.

–¿Y eso costará mucho dinero?

Theo desvió la mirada. Incluso, hasta llegó a ruborizarse un poco. Ah. Quizás no debería haber sido tan grosera y sacar el tema del dinero en este momento.

El señor Rivers negó con la cabeza. La sonrisa en sus ojos delataba su buen humor.

–No, señorita Marlowe. Ya todo ha sido pagado hace mucho tiempo.

–Muy bien entonces –Meri recogió la caja–. Theo, ¿me esperarías aquí?

Theo ya no pudo actuar. En su rostro, una expresión seria y letal.

–¿No quieres que vaya contigo, Meri?

¿Era eso lo que quería? Sería fácil aferrarse a él como siempre lo había hecho, pero tanta reserva envolviendo este misterioso mensaje le hacía temer que la información allí dentro pudiera exponerlo a algún tipo de peligro.

–Creo que mejor me apegaré a las instrucciones de mis padres hasta que sepamos con qué estoy tratando.

–Señor Woolf, puede esperar en la recepción. Sophia le llevará una taza de café –sugirió entonces el señor Rivers.

–Si eso es lo que tú quieres –Theo le sostuvo la mirada a Meredith por un momento.

–Lo es –Meri se llevó la caja al pecho y atravesó la puerta en dirección a la oficina vacía. El señor Rivers cerró la puerta. Theo iba a odiarla por ello... Acababa de dejarlo fuera de un gran secreto... y él era un terrible chismoso.

Meri colocó la caja en el centro del escritorio vacío. No había nada especial sobre la caja. Seguramente se podría conseguir una igualita en cualquier otro banco u oficina de almacenamiento. Colocó la llave en la cerradura, la giró e hizo una pausa. No se sentía del todo lista para levantar la tapa. Estos movimientos lentos le dieron tiempo para notar que, aunque todo era muy silencioso allí dentro, podía oír el sonido de gente trabajando en las otras salas, un delicado clic, clic, clic que finalmente identificó como dedos golpeando las teclas de varias máquinas de escribir al mismo tiempo; y también oyó un teléfono sonar y el murmullo de varias voces al mismo tiempo. Probablemente veían todos los días cientos de clientes con secretos familiares. Después de todo, a eso se dedicaban allí. Más que abogados, deberían promocionarse como guardadores de secretos.

Abrió la caja. En el interior había una simple hoja de papel color blanco, doblada y sellada con un lacre de cera roja. Meredith rompió el sello y estiró el papel.

Querida hija:

Si estás leyendo esta carta, es porque nuestros enemigos nos han capturado. Lamentamos mucho no haber podido prevenir todo esto. Es cierto que no estuvimos allí contigo para los momentos más especiales, como tu primer día de escuela, tu primer amor, el primer beso, ni tampoco para despedirte en la puerta de casa antes de partir al baile de fin de curso con ese muchacho al que yo me hubiera encargado de intimidar antes de que tú bajaras las escaleras, como en las películas. Por favor, créenos. Estuvimos en todos esos momentos en nuestros corazones. Eres lo más precioso que tenemos y te amaremos por siempre.

Meredith pestañeó dos veces para deshacerse de las lágrimas que se le habían acumulado en los ojos. ¿Les importaría si supieran que todavía no había vivido prácticamente ninguno de todos esos momentos especiales de los que hablaban en la carta solo por tener demasiado miedo de relacionarse con los demás? Sus padres se habían imaginado una experiencia típica de una chica de secundaria y ella se había pasado aquellos años en total aislamiento.

Habría sido muy tonto de nuestra parte no considerar que el desastre podría darse en cualquier momento, y es

por eso que hemos preparado estos mensajes para ti. Por favor, no le cuentes a nadie sobre el contenido de estas cartas. Tú eres la última de nuestra especie, la última pura sangre. Es probable que te encuentres a quien tenga un padre o madre o abuelo como nosotros, pero la herencia genética se diluye con cada paso que nos aleja de la fuente y nuestros poderes se debilitan. Porque tú eres especial es que es peligroso que se sepa quién eres y no debes compartirlo con absolutamente nadie, ni siquiera con tu amigo de más confianza. Ellos también quedarían expuestos; o podría ser peor, podrían verse tentados a traicionarte. Será mucho mejor evitar algo así, así que por favor guárdate esto para ti sola.

En esta carta, te contaremos qué eres en verdad. En la segunda, te hablaremos de los perilos. No te preocupes; se supone que no saben nada sobre ti, ya que no hay ninguna niña registrada con tu nombre en el lugar donde naciste. Vivimos fuera de cualquier tipo de registros, gracias a algunos conocidos, y gente como Theo, a quien le hicimos creer que éramos parte de un programa de protección de testigos del gobierno de los Estados Unidos. Pero, si nuestros enemigos se enteran de que tú has sobrevivido, por favor no subestimes su crueldad. Corta todos los lazos y vete... Corre tanto y tan lejos como puedas. Debes sobrevivir, sin importar nada más.

Meredith se rascó la nariz. ¿Quiénes eran los perilos? ¿Serían los criminales que habían asesinado a sus padres? ¿Por qué su padre y su madre debían ser tan cuidadosos ahora

también? Claramente, necesitaba contar con esa información ahora mismo si sus enemigos eran tan peligrosos como ellos decían, y no tener que esperar hasta el siguiente episodio como si fuese una especie de drama televisivo.

Seguramente nunca tengamos la posibilidad de explicarte que tu habilidad para ver otros colores no es algo extraño en realidad, ni tampoco antinatural. Fue una habilidad muy común entre los de nuestra especie durante generaciones. Le rogamos a Theo para que tu habilidad permaneciera en secreto y tú debes actuar como si tuvieras una visión como la del resto de la gente tanto como puedas, no porque deberías avergonzarte sino porque revelarlo te podría costar la vida.

Tu habilidad fue evolucionando con la genética. Nuestros ancestros solían vivir en una comunidad aislada, una nación ubicada en una gran isla. En algún punto de nuestra historia, se introdujo una mutación genética, y esta hizo que los niños nacieran con cuatro en lugar de tres receptores en los ojos. El cuarto cono te da la habilidad de ver a través del espectro ultravioleta, algo así como la visión de un pájaro. Cada célula contiene una diminuta porción de aceite que funciona como filtro en el lente y eso hace que seas tan buena a la hora de diferenciar colores. En efecto, logras verlos más brillantes de lo que los vería cualquier otra persona.

¡Así que esa era la razón! Si tan solo sus padres hubiesen estado allí para explicárselo, ¡se podría haber evitado tanta vergüenza y confusión!

Es un enorme privilegio ver de la manera que tú ves y viene de la mano con otras habilidades que irás comprendiendo a medida que las vayas experimentando. Úsalas sabiamente. Por último, deberíamos explicarte por qué decimos que eres la última de nuestra especie. Mencionamos que esta habilidad se desarrolló dentro de una población que vivía en una gran isla. Tal como Darwin estudió los diferentes tipos de picos entre los pinzones que vivían en islas vecinas, nosotros nos desarrollamos de manera diferente a las personas que vivían a nuestro alrededor. Fue un desastre porque lo diferente siempre ha sido castigado. Hemos sido cazados despiadadamente y perseguidos hasta el punto de que hemos llegado a estar muy cerca de la extinción.

Este genocidio ha sido una tragedia secreta de los últimos siglos. No sabemos dónde se originó nuestra especie... Nuestros arqueólogos piensan que podría haber sido en el Mediterráneo, pero nuestros antepasados asumieron un mito que resume un poco nuestro problema. En el exilio, nos hacíamos llamar el pueblo de la Atlántida, en honor a la tierra de fábula arrasada por una ola gigante. En nuestro caso, esta ola de destrucción ha sido la persecución de los isleños vecinos, los que nosotros llamamos "perilos". Siempre tuvimos la esperanza de que más de nosotros sobrevivieran en lugares escondidos. Sin embargo, al momento de escribir esto, creemos que nosotros tres somos los últimos tres seres de nuestra especie.

Y ahora nosotros también podríamos desaparecer. Como el último miembro de una civilización perdida, tú eres la portadora de nuestra esperanza. Tú podrías ser el único

elemento de nosotros que sobreviva en el futuro, que se mezcle con el resto de los mortales. Mantente a salvo y mantén a salvo nuestro secreto.

Con amor.

Papá y mamá

Meri dobló la carta y la colocó en la caja nuevamente. Después la abrió otra vez y tomó una foto del contenido con su teléfono para poder volver a leerla en casa. Tenía demasiado que procesar por el momento. Cerró la caja y se llevó la llave a sus labios sellados. La muerte de sus padres no era el resultado de algún tipo de vendetta mafiosa, como Theo había sugerido, sino una batalla bizarra por sobrevivir. ¿Por qué una diferencia insignificante en la anatomía del ojo significaba tanto odio contra su raza? No entendía por qué había gente que podía reaccionar así. Eso era racismo, puro y simple.

Alguien llamó a la puerta. Theo asomó la cabeza.

–¿Todo está bien?

Iba a tener que decir algo o Theo explotaría de curiosidad.

–Bien. Es decir, creo que bien... Es una especie de carta de despedida de mis padres donde me explican que mi visión es algo diferente al resto de los mortales–Algunas cosas no podían hablarse en voz alta, ni siquiera estando en la oficina de unos guardadores de secretos profesionales–. Ah, y querían agradecerte por cuidar de mí.

Theo sonrió, aunque se veía triste.

–Ah... Muy bien. Qué amables... Entonces, ¿ninguna revelación que vaya a cambiar nuestro mundo en los próximos días?

Meri se colocó la caja bajo el brazo.

–No, Theo. No soy la heredera de una fortuna ni una extraterrestre que fue teletransportado a este planeta como Superman.

Theo dio un paso para atrás para dejar pasar a Meri.

–Creo que Superman llegó en una nave espacial...

–Lo que sea, naves espaciales, teletransportación... ¡No soy yo!

–Es bueno saberlo. ¿Y qué vas a hacer con eso? –le preguntó, señalando la caja.

–La dejaré aquí, tal como el señor Rivers sugirió.

–¿Y tus padres han dicho algo sobre si aún necesitas esconderte?

–Sí. Y sí es necesario.

–¿Por qué?

–Es complicado, y todavía no tengo la historia completa. Pero fueron muy claros cuando dijeron que debemos seguir haciendo las cosas como hasta ahora. Has venido haciendo un excelente trabajo, Theo.

Theo captó la indirecta.

–Muy bien, señorita Misterio. Puede quedarse con sus secretos si quiere. Aunque debo comunicarle que se perdió de algo realmente extraordinario: ¡me sirvieron café de verdad!

–¿Y a qué sabe? –ni por un minuto se detuvo a pensar en que Theo había dejado de preguntar por el contenido del mensaje.

–¿El café de verdad? Como néctar de los dioses con cafeína.

Se despidieron de la recepcionista, y Meri le entregó la caja para que la volviera a guardar en su lugar.

–El señor Rivers está con otro cliente, pero dijo que se pondrá en contacto cuando llegue el segundo paquete –dijo la recepcionista.

–Muchas gracias.

Theo se apoyó sobre su escritorio.

–No lo olvides, Sophia, cariño. Concierto en el Barbican la semana que viene, si no cambias de opinión.

La recepcionista bajó la mirada mientras acomodaba su ya acomodada pila de papeles.

–No lo haré.

–Bien. Te veré allí a las seis y media.

Meri esperó hasta que llegaron al elevador antes de regañarlo.

–Theo, ¿en serio?

–Es muy bonita –le respondió él, encogiéndose de hombros.

–No sonrío.

–Y ese será mi desafío.

–No quiero saber –dijo Meri, sacudiendo la cabeza.

–Además, tiene una reserva de café de verdad.

–¿Mercenario o qué?

–Me gustaba ya sin el café.

Meri intentó imaginarse qué podría haber visto esa estirada en su tutor tan cool con arete en la oreja y su look snob. ¿Tal vez querría probar algo más salvaje? Los ingredientes en una atracción siempre eran un rompecabezas para ella.

-Mejor me voy a la escuela. Intenta no conquistar más muchachas en el camino, al menos hasta que regrese a casa esta noche.

Los ojos azules de Theo se iluminaron.

-Una a la vez, Meri. Esa es mi regla. Nos vemos en casa.